

Ga
ETAN ARONOFF

Metro-Pop

Fran Ilich



METRO – POP

Fran Ilich

“There is no future”

God save the queen, Sex Pistols

“Because you dance to disco and you don’t like rock”

Can you forgive her? Pet Shop Boys

Una I para una ciudad sin estilo

Tijuana y San Diego son una sola ciudad que, como Berlín, se dividió por accidentes y designios del destino.

Tijuana y San Diego es la misma ciudad, la ciudad *i*, el punto que une al primer y tercer mundos. La frontera se impone como un vórtex dimensional tragándose a los viajeros sin papeles.

Tijuana es la ciudad del pasado, subdesarrollada, prototipo del punk rock y el desmadre, la ciudad anárquica. Y San Diego es la ciudad afortunada, con un poco de estilo, con la tecnología del rave (fiesta con música electrónica). Juntas forman la *i*, nuestra ciudad dividida.

La llamada

Son las 10:00 PM., suena el teléfono. Es Daniella. Conocí a Daniella en la secundaria. No siempre fuimos tan cercanos como ahora, hubo un tiempo en que la odié; yo trataba de ser social y fallé.

–Bueno, ¿se encuentra Daniel?

–Sí, soy yo. ¿Cómo estás Danny?

–Bien, ¿y tú?

–Bien.

Sentí como que este tipo de conversación iba más de acuerdo con la edad de Banderas (un viejo amigo de la familia).

–¿No vas a venir a la fiesta? –preguntó Daniella.

–¿Ahorita? ¿Cuál? ¿Dónde?

–No, hoy no. Mañana en casa de Tere, es la reunión de Tercero A.

–¿Sí? No. No, mañana no puedo –le digo aliviado.

No me gustan las reuniones del salón, menos las mensuales, y a tan sólo tres años de haberme graduado. Yo pensaba que te graduabas y ya nunca más veías a tus compañeros; y un día, cuando regresas de Madrid, encuentras a uno en el aeropuerto y le dices:

–¡No has cambiado en años!

Y entonces platicarás de tu vida y recordarás las bromas que hiciste, las que te hicieron y todas esas cosas. Tal vez llorarás, te sentirás viejo y dirás:

–Los extraño.

Y sentirás ganas de volver a vivir las pruebas de admisión, las asambleas, las clases del profesor Arrollo, los regaños, las idas al cine, las fiestas y dirás:

–¿Qué feliz era entonces! ¡No tenía preocupaciones!

Pero claro, tenía preocupaciones y problemas, y un mundo arruinado con SIDA (gracias a los revolucionarios hippies y a su verano del amor), que trataba de cambiar; pero todo esto lo habré olvidado, estaré viejo: tal vez treinta o cuarenta años; de tan metido en el sistema ya habré

olvidado los pequeños detalles de mi vida. Es por esto que ahora reunirme con ellos es ridículo, arruina la película, esto no debería ser así, es como si Toto regresara a su casa con Alfredo todas las semanas. Es ridículo recordar toda la secundaria cada semana. Llorar cada semana. Pueden llorar ellos, si quieren. Yo no.

–No, los sábados no puedo; los sábados son día del padre, me toca salir con él.

Ella se despide. La llamada se pierde entre otras. Mi hermana recibirá sus últimas llamadas del día. Se cerrará otro día de doscientas llamadas para Zoe. El tiempo transcurre. Duermo.

Preludio a un domingo en Tijuana

(Sábado)

En la vida suceden accidentes. Pienso esto mientras cruzo la calle hacia Tower Records en la ciudad de San Diego. Es sábado. Es sábado y son las 5:00 PM. ¿Qué hago aquí?

En Tijuana hay fiestas; mis amigos irán. Yo no: es sábado. Los sábados me toca pasarlos con mi padre. Con Banderas. Y con Wagner.

Finalmente entro a Tower Records (el paraíso en CD's) y, como siempre, me dirijo a buscar lo último de Pet Shop Boys; como siempre, no hay nada; tal vez llevaré algo de Altern 8 o de KMFDM. Desde lejos Wagner me grita:

—¡Aquí está la nueva compilación de Sex Pistols!

Casi en colapso emocional le contesto:

—Bueno.

Pienso en Wagner, en lo duro que ha sido dejar de vivir con sus padres (con esto quiero decir que están divorciados). A veces pienso que me ha afectado el divorcio de los míos: tengo malas calificaciones, me desagrada el dating y padezco de un acentuado y constante escapismo, reforzado por pérdidas de memoria; pero siempre me sobrepongo y consumo. Mucho. Al terminar las compras de hoy, noto en mis bolsas: CD's, videotapes, rollos para cámara fotográfica, para súper 8, químicos de revelado, dos o tres libros y unas cuantas revistas. Hoy regresaremos a Tijuana y mañana gozaremos de otro domingo en Tijuana.

En el camino a casa Wagner preguntó:

—¿A dónde vamos, al cine o a la pizza?

Nunca le contestaron. Después de un rato, el carro para y bajamos a comprar unas pizzas. Nos perdemos en la muerte del sábado. Somos felices.

El viejo hippie

(La madrugada entre sábado y domingo)

Estoy aquí, en mi sala, despierto. Acabo de regresar de un concierto de rock local. Escucho un disco de New Order una y otra vez; es mi último día de vacaciones (domingo, 1:20 AM). A veces me pregunto (casi a diario) cuál es la realidad, ¿la escuela o la vida? Es difícil contestar, pero lo intento. Si la realidad es dura y cruel (como dicen), entonces la realidad está en la escuela, o en un campo de concentración cualquiera; pero si la realidad es otra onda más cool, entonces dudo que la realidad sea la escuela. La realidad no se forma de escuela y vida. No. La realidad es aquella que responde a la pregunta de cómo será la vida, y si queremos saber cómo será la vida (qué tan cruel), no hay más que ir a la escuela y observar descuidadamente a un profesor. Esa es la realidad.

Woody Allen dice: “Mira lo que hace y dice un profesor y haz lo contrario, así será la vida”. No puedo evitar la realidad, nada la detiene. Es muy fuerte. El lunes terminan mis vacaciones, vuelvo a la realidad escolar y Coronado seguirá con sus clases de cálculo; volverán los interminables y ridículos lavados cerebrales; aprenderemos que el mundo debería prescindir de fronteras e, irónicamente, se nos dice que México es el mejor país del mundo (un país pobre, pero honrado).

Sigo aquí. Afuera un mundo roto. Nace gente. Muere gente. Aquí no. Mi vida termina esta mañana. Y otra vez el lunes, mi profesor de inglés contará en clase cómo en un mes más recibirá su segundo doctorado (se graduó de profesor a los diecisiete años, casi a mi edad); y dirá que nosotros no podemos ni con la escuela, dirá que en un par de años estaremos arrepentidos de no haber podido resolver problemas de incrementos y derivaciones. Hablará y hablará de sus hazañas y proezas, nos platicará de la toma del campestre, del verano del amor, de Avándaro; nos contará de su estancia en la comuna de Oaxaca, del día en que golpeó al soldado en una manifestación y de su primera bomba molotov. Recordará su aburrida y larga vida, sus slogans baratos, sus momentos lujuriosos, sus ondas filosóficas, y esperará que le aplaudamos y lo consideremos un héroe nacional como a López Portillo. Se olvida (ignora) de que gracias a su moda del rock, existe MTV; de que por culpa de su Avándaro prohíben en México los conciertos masivos; se olvida de que fue hippie porque ésa era la moda: traía un morral y en él un libro de Jalil Gibrán; gritaba “Paz y Amor”; le gustaban los Beatles y los Doors; creía en el amor, fumaba marihuana, miraba películas de Godard, de Warhol, de Kubrick y, de pronto, creció: se olvidó del Marxismo y del existencialismo (su unió al PRI), se dedicó a ver películas de los hermanos Almada (recuerden que a partir de los hippies, el cine mexicano se especializó en ese estilo) y, para colmo de males, dejó su marihuana que tanto amaba, ahora fuma Marlboro lights.

El tipo ése ni se imagina que sé muy bien que es un tonto; hasta un niño de once años sabe más cosas que él (fotosíntesis, sintaxis, álgebra, etcétera).

Ustedes pensarán:

–El profesor es todo un genio.

Y preguntarán:

–¿Cómo explicas entonces que se haya graduado a los diecisiete años de edad?

Muy sencillo: él no hizo la prepa. En sus tiempos salías de la secundaria y entrabas directo a la normal. Sin Matemáticas IV, sin Cálculo, sin Química III, sin Física III, sin nada difícil. Ellos (los hippies) tuvieron todo fácil y ya graduados nos llenaron de cosas que ni se imaginan. Problemas que no pueden resolver: SIDA, drogas, violaciones, películas tontas, un desinterés por todo. Ellos lo tuvieron todo: música, cambios políticos, ideólogos, guías espirituales, escritores, pintores, cineastas cools. Pudieron cambiar el mundo. Y lo lograron: liberaron al sexo y nos llenaron de filmes porno; aceptaron la marihuana y nos dejaron inventos como el crack; creyeron en Lenin y lo cambiaron por el libre comercio; tuvieron a Warhol y publicaron *El mil chistes*; tuvieron al rock y lo cambiaron por el disco; eran los hombres con mil causas y no pudieron ni con una; estudiaron de todo y terminaron trabajando como retardados profesores de inglés o como mecánicos. Y se quejan de nosotros. ¿Por qué? Porque sobrevivimos. Tal vez no creemos en algo, pero sobrevivimos. Los hippies no reciclaban y se decían amigos del planeta; nosotros, o reciclamos o nos podremos. Fácil. Sin elección. Ellos inventaron el amor libre y ahora el sexo casual no existe, es mortal. En las escuelas nos llenan de basura, nos hacen creer en historias para retardados mentales sobre niños héroes que mueren por la patria, mientras que el presidente de la república se gasta el dinero del pueblo; nos enseñan cosas que no aprendemos y que nunca usaremos. Pero aparentamos hacerlo. Sobrevivimos. Y cuando un profesor nos molesta por la manera de vestir, lo ignoramos o le damos la razón. Sobreviviremos, lo sabemos, y sabemos que aunque peleemos por cambiar algo, cualquier cosa, no la cambiaremos. ¿Qué queda? Engañar al profesor. En un par de años te graduarás, sepas algo o no; como otros tantos. Si te gusta lo que haces, lo harás bien. No cambiarás el mundo, no serás parte de nada. Sobrevivirás, eso es todo. Mientras tanto, buscarás sobrevivir y buscarás un sentido a tu vida. Lo buscarás en la televisión, en el canal 6, en NBC, en Fox, en el Disney Channel; vivirás engañado (por ti mismo) como todos lo han hecho; decepcionado, pero cómodo. Mientras tanto irás a la escuela. Aprenderás a mentir, a copiar, a venderte.

–Life is cheap –me digo.

No lo creo completamente, pero me lo digo. Yo, al igual que ustedes, simplemente sobrevivo.

Domingo en Tijuana

(Obviamente domingo)

Algunas veces, mientras me baño, siento que me desespero de este mundo. Hoy mientras me bañaba sentí la pesadez del día. El ambiente era terregoso, se respiraba el aburrimiento, los síntomas indicaban otro domingo en Tijuana.

No es que tenga algo en contra de los domingos, ¿pero en Tijuana?, ¿y en domingo? Tijuana es una ciudad fronteriza normal, existen lugares feos y lugares peores. Nunca hay nada qué hacer y menos en domingo. Puedes recorrer las tiendas de Plaza Río, ir al cine y ver una película de Gloria Trevi o con suerte una de Van Damme; pero, sin importar lo que hagas, será domingo y estarás en Tijuana. La maldición estará siempre contigo.

Hoy he andado cansado, anoche me desvelé; fui a uno de esos conciertos de rock local, tocaron Resistencia, Playa Latina, Los Baratos y Performance Ritual (fue una buena noche para los slamdancers del Movimiento Alternativo de Tijuana; diría que tuvieron la oportunidad de patear unas cuantas espaldas y de aplastar algunos ojos con sus recién lustradas botas Doctor Martens).

–Domingo en Tijuana –dije a mi hermana.

Esperé una respuesta, una seña o algo. Pero no respondió. Pero no respondió. Dormía. Tomé mi bicicleta recién parchada de una llanta y salí a pasear rumbo a los cerros. Hace dos años lo hubiera hecho con seguridad, ahora cada vez que lo hago me arriesgo a recibir una paliza. Entrar en un cerro significa explorar territorio salvaje. Puedes conocerlo bien, pero cualquier error, una vuelta equivocada, una mala coincidencia y te hayas al 40 o al Barrio Joker y, créeme, tu vida podría fácilmente llegar a su fin.

No pude llegar al cerro, no es que me haga falta condición física, simplemente que hoy no andaba de humor para recibir palizas.

Regresé a casa e hice un par de llamadas telefónicas. Mi familia salió. Posiblemente mi hermana estaba en el Heces Bar o en la playa o tal vez acababa de unirse a los Hare Krishnas y había sido elegida Dalai Lama o algo así. Mi mamá visitaba a mi abuela. Y mi papá (que no vive en la casa) seguramente andaba en Tecate de dominguero.

A veces, cuando el domingo llega tan lejos como éste, me veo con Juan Pablo (un ex novio de mi hermana); a veces vemos una película de gore, o discutimos sobre música (¿rock o techno?), pero generalmente no hacemos nada, caminamos sin rumbo (terminamos en un arrabal llamado calle Coahuila o en la colonia Independencia); nos perdemos. Disfrutamos de otro domingo más en Tijuana (el sueño de todo adolescente cuerdo).

Hoy fue el colmo, hacía calor y viento. Teníamos sed, pero no dinero. Caminábamos por la avenida Revolución (una calle llena de bares y discotecas para turistas gringos), cuando por error pregunté cómo iba en la escuela. Me contestó con un “bien”. Entonces le pedí su opinión sobre la escuela, Juan Pablo en menos de un minuto vociferó, recitó, planteó e incluso repitió muchas sílabas en contra de la escuela y el magisterio. Me llevé una sorpresa, descubrí que teníamos cosas en común: a ninguno de los dos nos gusta la escuela, vamos atrasados por más de un año, no nos entendemos bien con otros estudiantes ni con la gente en general; odiamos a los profesores y somos tan tontos como para todavía creer que seremos alguien en la vida y no algo (un instrumento), como la mayoría de nuestros conocidos.

Platicamos mucho; nos perdimos en la plática, y de alguna manera llegamos al Mekano (una discoteca donde los domingos se organizan eventos para todas las edades) sin darnos cuenta cómo.

Ahí observamos a muchas personas de nuestra edad que iban a sus casas después de bailar y de divertirse con sus amigos; creo que ambos pensamos lo suave que sería estar entre ellos, y ser como ellos; sabíamos que no funcionaría, que tendríamos que usar pantalones Guess y leer la revista *Eres*.

Era tarde, hora de volver a casa. Tomamos un camión al centro y nos despedimos. Quedamos de llamarnos para ver B movies, pero para que eso suceda tendrá que ser un domingo aburrido y sin amigos, en fin, un domingo en Tijuana.

Un día de clases cualquiera

(Lunes)

Mientras bajo del taxi siento mi vida huir. Otra vez regreso a clases. A veces quisiera ser como Zoe (mi hermana) y tener alergia a la escuela. Cada vez que regresa a clase sufre de calenturas, ataques de tos y de serios congestionamientos nasales que se disuelven al acabar el periodo escolar. Cada vez que regreso a clases, ya sea después de vacaciones o de un día a otro, tengo esta pesada sensación de aburrimiento. Fuera de clases nunca me aburro y dentro de ellas rara vez me divierto. Fuera de clases aprendo muchas cosas pues contienen un fin práctico, y dentro de ellas, no recuerdo haber aprendido algo útil desde las tablas de multiplicar en 1984. Y, en general, no recuerdo haber aprendido algo después de la primaria.

Desgraciadamente estoy en mi escuela (acabo de cruzar el umbral para entrar a mi salón). Saludo a mis compañeros; unos me saludan, otros prefieren no hacerlo. Nací sin ellos; si no me quieren, no los quiero. No tengo que quedar bien con nadie. El destino me unirá únicamente a las personas necesarias con quien debe hacerlo. Creo que eso hace.

Otra vez, sin darme cuenta, me han envuelto en una de sus mágicas conversaciones preparatorianas sobre cerveza; en esta ocasión discuten sobre el sabor de la cerveza de USA. Como ven, participo a diario en todo tipo de pláticas elevadas dirigidas por estudiantes producto natal de 1975 (la generación de bebitos accidente más grande en este siglo y, quizá, en la historia de la civilización humana). Platico con ellos y descubro que se aburren. Intentan engañarme, me hablan de sus largas y jubilosas vacaciones en la playa (violencia, drogas y sexo a todo lo que se puede), y del regreso a casa (sangre, sudor y lágrimas después de que sus padres descubrieron lo sucedido en la playa).

Cambio de canal. Sintonizo a la profesora; habla del Tratado de Libre Comercio, dice que nos abrirá paso hacia el tercer milenio. Otra vez cambio de canal. Esta vez a Aurora TV. Aurora es una muchacha de pelo rizado, aparentemente feliz y muy platicona. Se dirige hacia mí con esa intención.

–¿Qué tal? –me saluda. Le respondo con lo común:

–Bien, ¿y tú?

–¿Qué piensas de la hipocresía de la amistad? –me pregunta.

–¿De qué?

–De la hipocresía de la amistad.

Oh, lo olvidé. Aurora tiene una teoría sobre la amistad; dice que todos los humanos tendemos hacia la hipocresía de la amistad, que fingimos en público, que nos vendemos gratis y hacemos cosas que no nos gustan por miedo a la soledad. Creo que tiene razón.

–No lo sé –le digo, sin perder el cool, surfeando por el límite de este momento profundo, cuidando no caer en él. Victoriosamente, escapo.

Trato de espabilarme. Aquí (en la escuela) siempre ando dormido; la gente me habla y no sé lo que me dice. Como si me importara. El timbre suena. Terminó la clase. La profesora se aleja. Es hora de Filosofía. Filosofía es interesante y casi tan informativa y controversial como un show de discusión. Los alumnos discuten sobre temas de relevancia social como el aborto, la prostitución, el divorcio, la reencarnación, el TLC, los amores de cantantes populares como Luis Miguel e incluso sobre temas triviales como la importancia del picante en los platillo mexicanos.

Todos piensan igual. Los hacen en serie. ¿Y si alguien se opone? Hey, México es un país libre donde todos tienen derecho a expresarse, incluso los periodistas.

–Por favor, levante la mano aquel que considere atrasada la educación formal en México –pide el profesor.

Sólo veo una mano arriba. Es Karla y pide mi ayuda. Se la doy. Mientras levanto lentamente la mano, miro los inexpresivos rostros de mis compañeros en un desplante de emotividad, que aun cuando logran reflejar odio en su mirada, carecen de vida, dando así una sensación rara, primitiva. Siento que he matado a alguien. A un niño.

–¿Por qué está en contra de la educación? –pregunta a Karla el arquetípico mono que da la clase– . ¿Acaso usted es comunista?

Ella contesta:

–Yo nunca dije que estuviera en contra...

De pronto el salón oscurece, surge un hoyo en el centro, de él brota un chorro de lava incandescente, mis compañeros bailan alrededor de él semidesnudos, se han despojado de su piel morena, ahora poseen una primitiva piel oscura, casi verde; de sus gastados cuellos cuelgan fetiches y repiten un canto aterrador que me hace recordar el origen de la tierra según Lovecraft:

–Nohre, Nohre, Cthulukat, R'lyeh.

Suena el timbre. Fue un momento de adrenalina, se me cruzaron la ficción y la realidad; a veces sucede. Fue un momento de alta tensión cualquiera. La mirada del profesor dice que hemos reprobado. Esta es la escuela. Lo sé bien. Si quiero hacer algo con mi vida, debo sufrir. No pain, no gain. Tengo que obtener el papel. Él manda. Por el papel se sufre. Por el papel se copia y gracias a él se come. Éstas son trampas pequeñas que sólo el robot vence. El creador en serie. La escuela se inventó para disuadir de su objetivo a las mentes creativas. Hasta ahora lo han logrado (A. S. Neill no lo pudo cambiar).

Poco a poco, sistemáticamente te convierten en un ser burocratizado. Matan tu parte de niño, pero te venden libros de psicología barata para que la recuperes. El mundo necesita mentes serias. Réplicas humanas. Mano de obra barata. Nada de cortes de pelo extravagantes. Ni de ideas raras. Se necesita ser un número más en la calculadora, una computadora con gran capacidad de almacenamiento de datos y rápida memoria, y no un ser pensante. Ahora entiendo por qué la escuela es difícil. A la escuela no se viene a aprender, sino a estudiar y a contestar "presente".

–Número treinta –me llama el profesor.

–Presente –le contesto.

–La tarea.

–Aquí está –la acerco a su escritorio.

–Dije que quería hojas amarillas no blancas, y le dije que tenían que traer el sello de la biblioteca.

Para algunos esto sería un momento de adrenalina, para mí ya es sólo rutina; poco a poco he ido acostumbrándome a la vida. Tarde o temprano el niño morirá, no se puede pelear siempre. No pain, no gain. Se tiene que sufrir para ser alguien en la vida.

El profesor continúa.

–Número treinta y uno.

–Presente.

–La tarea.

–Aquí está –dice el treinta y uno acercándose lentamente al escritorio del profesor.

La lista continúa.

Salvemos al profesor

(Martes)

Hoy fue un día de clases extraño, como nunca lo había sido ninguno. Durante años las clases de Matemáticas han sido difíciles. Muy difíciles, pero Luciano siempre se ha esforzado por hacernos las clases más sencillas a los estudiantes; y no es que sus clases sean realmente sencillas, al contrario, se dice que Luciano es un genio en las matemáticas (lo cual no me consta, nunca ha sido mi profesor); se dice que su problema es no saber enseñar, pero que por dentro es un genio y que, como todo genio, camina incomprendido en este espacio-tiempo y se olvida de todo lo mundano; se olvida de él, se descuida, no se baña.

Hoy mi escuela sufrió un colapso: Luciano fue acusado de faltas a la moral y de aprobar a alumnos por dinero. Luciano estaba acabado, aunque su futuro no peligraba demasiado (a los treinta años ya no se puede hablar de tener mucho futuro). Luciano no contaba con que los alumnos lo defenderían (¿cómo aceptar que despidan al único profesor, o a uno de los pocos profesores con los que se puede negociar la calificación y al mismo tiempo tirarle papeles en la cara cuando no se da cuenta?).

Muchos alumnos lo defendieron. Aquellos a los que reprobó por no tomar sus cursos, aquellos que no tenían ni la mínima esperanza con otro profesor y los que no tenían interés de entrar a clases. Pronto se reunieron y armaron una manifestación.

Siempre creí que Luciano daba un servicio a la comunidad, era un asunto de negocios sencillo. Él ofrecía algo necesario y que valía los 50 nuevos pesos que pedía. Si no podías con las matemáticas, lo buscabas y por esa cantidad de dinero te ayudaba.

—¿Te interesa firmar para salvar a Luciano? —interrumpió mis pensamientos una voz femenina.

—No —le contesté.

Ella insistió e intentó convencerme con el argumento de que Luciano era un profesor ejemplar.

—¿Existen? —pensé en voz alta.

Ella se despidió indignada. Me di cuenta de que los alumnos ya creían en la falsa nobleza de su causa, no recordaban sus opiniones de una semana atrás. Ahora posiblemente tratarían hacer de esto un asunto entre partidos políticos, harían complots y sospecharían nexos con el narcotráfico, la PGR y cosas por el estilo. En realidad era que su estabilidad académica peligraba (temían reprobado), todos sabíamos que Luciano no servía como profesor, todos, hasta los profesores, incluso los que no sirven.

Todo esto me hizo recordar cuando los profesores impusieron su nuevo reglamento tonto. Se nos obligó a reunir 24 puntos en cuatro meses, a aprobar los semestrales (que a veces presentamos sin haber recibido clases de alguna materia), a traer el pelo corto y peinado; se prohibieron las

modas desconocidas a la revista *Eres*, o aquellas que considerara excéntricas la prefectura (integrada por profesores low-life de dudosa educación estética y miembros activos de una sociedad que considera vulgar todo aquello ajeno a la amplia moral mexicana, que aún aprueba el uso del cinturón de castidad). Algunos intentamos hacer algo en contra de esto. Nadie nos tomó en cuenta y aún así esperaban que yo firmara para salvar a alguien que, como tantos otros, no merece el título de profesor.

Luciano no será despedido. Simplemente juegan a despedirlo, pero no lo harán, nunca lo hacen. Él es un profesor. Los profesores no despiden a otros profesores. Pero los alumnos despedidos por los 24 puntos que no pudieron reunir nunca tuvieron esperanza. Los que se cortaron el pelo a rape o diferente, nunca tuvieron esperanzas aquí. Zoe no tuvo esperanzas en esta escuela. Salió de aquí, perdió un año, igual que yo. Luciano recuperará su trabajo y los alumnos seguirán aprobando con él. Eso es justicia.

Martes después de clases

(Todavía martes)

8:00 PM. Han pasado muchas cosas desde que salí de la escuela. Comí. Oriné. Dormí. Soñé. Desperté para ir al baño. Me volví a dormir. Volví a soñar. Desperté otra vez. Y volví a comer.

En fin, hoy ha sido un largo día. He estado muy ocupado. Hoy corrieron a Luciano de la escuela y, según yo, el próximo lunes volverá. El teléfono suena. Y suena. Tal vez es para Zoe. Como nadie contesta, corro hacia él con la esperanza de que sea para mí. Es Larissa (la enfadada amiga de mi mamá). Seguramente la llama para platicarle de su último torneo de aikido o de un nuevo libro de budismo zen. Larissa vive en el desierto entre Mexicali y Ensenada (vive en un estado de desolación hermética, que según las teorías del alemán Zhurl, la llevará a conocer su subconsciente; de cualquier manera yo dudo que esto sea verdad).

Generalmente Larissa nos telefonea más de tres veces al día. Mamá se apura y contesta. No, esta vez no se trata del aikido ni de budismo. Sólo habla para avisarnos de su nuevo descubrimiento en medio del desierto (en una zona a la que los new age hippies llaman Sensoria): un cactus sin espinas. Y sospecha a ese cactus como una de las puertas dimensionales hacia el quinto sol.

—¡Mamá! —le grito, sin tener consideración hacia su llamada telefónica, aún cuando sé que es su mejor amiga, que trabaja todo el día y llega cansada, limpia la casa y que, cuando finalmente puede respirar, dormir o hablar por teléfono, viene su molinito a molestarla. Pienso en lo triste que es su vida. Trato de tenerle consideración, pero me entra un coraje y le vuelvo a gritar:

—¡Mamá! —Olvidé que odia que le llame mamá. Se llama Andrómeda.

—¿Me prestas el carro? —le pregunto.

Ella me dice que sí con la cabeza. Tomo las llaves de la mesa y me llevo a Zoe y a su novio Skin (creo que se llama Juan Antonio o algo así y es admirador del punk clásico).

Nos vamos. El carro trae los frenos bajos. Me toma casi media cuadra frenar. Es peligroso, podría morir. Pero eso lo hace más interesante. Hundo mucho mi pie en el acelerador. Es muy emocionante (y cool) traer el carro a toda velocidad, con Killer tekno a todo volumen y sin frenos. Muy peligroso. Muy cool. El ruido no nos permite hablar, pero nos hace sentir grandiosos. La música entra en nuestro cuerpo, nos usa y sale. Siempre es divertido ponerle emoción a la rutina y, sobre todo, olvidar los límites.

Duramos más de una hora paseándonos antes de aburrirnos. La gasolina se acaba. Tendremos que ponerle más.

Al entrar al bulevar disminuimos la velocidad, respetamos los límites y bajamos el volumen de la música. Como ninguno de nosotros tiene licencia, procuramos no llamar la atención.

En la gasolinera Zoe platica cómo un amigo tuvo un accidente en carro. Andaba algo borracho, se volteó en algún cerro de la ciudad y cayó por un barranco. Apenas salió con vida. El carro quedó totalmente destruido. Ahora anda en moto y practica trucos en el bulevar. Dan las 10:00. Dejamos a Skin en los taxis y nos vamos a casa.

Esperando el futuro, being boring

(Later tonight, martes)

A veces, en las noches, alguien llama, algún despistado marca mi número telefónico. Son las 11:32 PM. Estoy sentado en mi balcón esperando ese momento, el momento en que alguien recuerde que existo y me regrese a la vida. Me acompañan los gatos, la luna...

El teléfono nunca sonó. Es muy tarde, mañana tengo prueba de psicología (la materia más ridícula del mundo, después de trabajo social). Es tan sencilla que siempre la repruebo. Es una materia que trata de pequeñeces, de un saludo, de cómo conocer gente, de saber el significado oculto de ser insultado en la calle y el porqué lo hicieron, de saber qué te tratan de decir verdaderamente con un "fuck you". Nunca estudio. Ni siquiera por suerte.

A veces, como hoy, me desvelo. Pienso en cosas que me gustaría hacer y en cosas que me molestan. Hoy tengo una sensación de ansiedad. Pienso que me gustaría hacer algo nuevo. Tal vez no cambiar el mundo, pero hacer algo nuevo. Hacer películas, videomagazines, novelas, conciertos, exposiciones de fotos, de pinturas, de objetos de arte, sacar revistas independientes, tomar los medios y manejarlos como Warhol, como Duchamp, como McLuhan o como Johnny Rotten. Viajar, conocer el mundo, conocerme. Torturar al grupo táctico, ese maldito y moderno grupo paramilitar de la policía que no sabe hacer otra cosa que no sea detener adolescentes inocentes. Comenzar a pensar. Acabar con este mundo podrido. Pero todo esto acaba cuando recuerdo que primero tengo que pasar psicología y resolver todos esos problemas de mi mundo ordinario.

Es tan difícil el mundo ordinario, el de todos los días. Así que mejor dormiré y, tal vez con suerte, pase el examen de mañana.

Uncoolness

(Miércoles)

Hoy es mi prueba. No pienso ir. No me interesa presentarla. Mejor me quedaré aquí. Platicando. Viendo pasar los minutos. Y a las personas.

Creo que me gusta ver cómo mi vida se va por el drenaje. Toda mi vida me he quejado del mundo. No me gusta. No puedo creer que haya gente a quien pueda gustarle este mundo. Pero la hay. La vida es perfecta, interesante. Sólo los tontos se aburren. Pero la vida es un asco dirigida por retrasados (mentales). No me gusta. Sé que un hombre sólo funciona si tiene certificados y diplomas. No es el hombre lo que importa, son sus papeles. Nunca hago nada por mis papeles. Dejo pasar el tiempo. Supongo que soy un ingenuo. Lo soy.

Mi mundo ordinario se desenvuelve. La gente platica. Los oigo hacerlo. Pero no logro entenderlos.

—¿Qué onda?

—Buena tu cura.

—Noche oscura en Garibaldi.

—¿Qué, se te declaró? No inventes.

—Nos vamos a poner hasta la madre.

—Ah, oh, ajá, pues sí.

—Sumamente lógico.

—La, la, la, la, la.

—¿Quién ganó, él o tú?

—Sí tú sabes que desde el principio le gusté. Como si no les gustara a todos... Si soy encantadora, ja, ja, ja...

—Rave on!

Es tonto. Mi vida necesita un cambio. Mañana todo será diferente. ¡Oh sí!

Una nueva vida

(Jueves)

Este día será el primero de mi vida, desde hoy haré tareas; hoy dejaré atrás mi otra vida. Desde el amanecer todo ha sido perfecto, desayuné una de mis comidas artificiales favoritas. Yo mismo la preparé y no sé cómo pude olvidarlo. Casi se quema, pero gracias a la divinidad, mi grilled cheese se salvó de terminar carbonizado en el microwave. También me tomé un vaso lleno de Quik y unas cuantas vitaminas; escuché las canciones más felices de Pet Shop Boys, Erasure y una que otra mezcla de música rave. Incluso hice una oración, bueno, en realidad, era un recordatorio de lo que voy a hacer con mi nueva vida. Cool!

Todo ha sido perfecto. Todo menos mi sueño. Tuve un sueño muy real, fue uno de esos sueños realistas. Soñé que comía. Saboreé cada cucharada que le di a mi sopa Campbell's. Fueron muchas cucharadas... era tan real. Lo peor de la sopa no era lo caliente que estaba y la manera como mi boca se quemaba, lo peor era que le faltaba sal. Un sueño bastante representativo de la vida moderna, sin lugar a duda.

Finalmente, cuando casi me despertaba, soñé que estudiaba matemáticas y era tan real que no entendía, pero sentía todo el rigor de la clase. Veía montones de ecuaciones que no entendía y al profesor Coronado diciendo que tenía cinco minutos para resolverla. Fue horrible.

Aún tengo tiempo de irme a la escuela en taxi. Todavía es temprano, sin apurarme camino a la parada de los camiones. Soy tan feliz que me cuesta trabajo caminar... corro. Tomo el taxi. Me toca ir enfrente. Todo es perfecto. Tanto, que no va gente gorda, ni olorosa. Incluso puedo mover la cabeza para ver por las ventanas, no hay ninguna rodilla que me lo impida, ningún señor con los pies abiertos o alguna señora con mil bultos encima. En lo que tardo en llegar a la escuela, recuerdo frases de Parker Lewis: "We have achieved coolness."

Bajo del taxi y, al llegar a la escuela, descubro que no todo es perfecto. Descubro que ahora que estoy listo para que el mundo me haga los mandados, el mundo decide tomarse el día. Las clases han sido suspendidas. Hoy se hará el juicio académico a Luciano, los profesores estarán ahí.

–Good try –me digo.

–A toda madre –me reprocho.

Era muy bueno para que fuera real. Lo era.

Caifanes in-store (Todavía jueves)

Mientras vuelvo en mí, descubro algo que le regresa el cool perdido al día. Son Iván y Alex, acercándose hacia mí, con cara de felicidad.

–¿Qué onda, dudes? –los saludo.

–¿Qué onda? –me contesta Iván.

Alex me dice algo, pero no logro entenderlo, está muy emocionado y habla demasiado rápido.

–Repite lo que dijiste, porque no te entendí nada –dije a Alex. Alex siempre ha sido un poco atrabancado. Rara vez entiendo lo que dice. Rara vez me interesa lo que entiendo.

–Que van a estar los Caifanes y Maldita Vecindad hoy a las cinco in-store, en la Warehouse de la Palm Avenue –me tradujo Iván.

–¿Queeé? –pregunté extasiado.

–Cool –dijo Alex con tono de seguridad.

Desde ese momento se respiró en el ambiente un aroma histórico. Estábamos escribiendo la historia con nuestras propias manos; después de todo, Caifanes y Maldita Vecindad son sólo las dos bandas más importantes del rock mexicano, y junto con Resistencia, mis tres favoritas. No sé dónde queda exactamente Café Tacuba (es más, no sé siquiera si considerarlos grupos de rock), y Tijuana No me gusta sólo en su primer disco y, sobre todo, cuando no eran Tijuana No, sino únicamente No.

Todo era perfecto otra vez, como cuando desperté esta mañana. Según Alex, pocas personas estaban enteradas del in-store y con un poco de suerte podríamos platicar un histórico y largo rato con las bandas y, con un mucho de suerte, nos iríamos con ellos a tomar un café y a platicar de nuestros proyectos; quizá les caeríamos bien y nos regalarían backstage passes o boletos.

A esta altura, la emoción ya nos dominaba por completo, así que rápidamente fuimos a mi casa por la cámara fotográfica.

Al llegar al lugar indicado (el ahora histórico sitio Warehouse de Plam Avenue en Chula Vista, California), descubrimos que Alex no podía estar más equivocado. El lugar estaba infestado de fans. Tristemente observamos a unos cien fans; no, a doscientos o a quinientos... o como a mil fans de distintos tamaños y colores que rodeaban la Warehouse y, mientras de ellos dependiera, no nos dejarían ser quienes ganáramos la atención de los músicos en cuestión. La fila era inmensa, quizá la espera para recibir un autógrafo o platicar brevísimamente con ellos era de tres horas o más. No teníamos esperanza en esa larga fila y no fue nuestra intención colarnos en la

entrada (simplemente no nos quedaba otra opción). Fue difícil entrar. Recibimos golpes, mordidas, patadas e insultos de unos cuantos fans frenéticos que no querían que nos coláramos (de todas maneras lo hicimos), y muchos empujones de un guardaespaldas negro (que tampoco nos dejaba entrar); como era muy fuerte y no podíamos golpearlo (no teníamos una mínima oportunidad contra él), le gritábamos a escondidas, en inglés, en español y en spanglish, frases como: “Te voy a mandar al Ku Klux Klan” o “¡Viva David Duke para presidente!” Simples bromas racistas.

Finalmente, entramos rodeados de empleados que nos condujeron a través de un pasillo repleto de discos. A medio camino estaban sentados: Pacho, Rocco, Aldo, Pato y algunos de los Caifanes (a Saúl nunca lo vi). El mundo no se detuvo. El tiempo nunca paró. Fue muy raro. Todas esas preguntas que tenía, todas las cosas que quería decir, las olvidé. Carecían de sentido.

–¡Rápido, rápido! –dijo un empleado, tal vez me lo decía a mí.

–Move out! –gritaba el manager.

–¡Que te firmen y ya! –me gritaba, endemoniado, el mismo empleado.

Otros empleados gritaban, pero yo no los oía. Mi mente no coordinaba. Rápidamente los saludé (creo que sólo les pude decir: “¿Qué onda?”). Las cosas no parecían tener mucho sentido. Incluso llegué a sentirme tonto por estar ahí (ignoré ese sentimiento). Como no sé qué hacer con los autógrafos, y no tengo interés de averiguar, no se los pedí (aunque no niego la satisfacción que me habría producido que me autografiaran un kilo de pagarés en blanco).

No seguí saludando, salí rápido, tal y como entré. Me sentía ridículo, pero a la vez muy feliz. De esa manera el día recuperó su aire de perfección (como en la mañana). Tal vez no tomé un café con ellos, ni discutí las extrañas sensaciones que experimento al oír *Los dioses ocultos* o *Mujer*, ni la felicidad que me transmiten *Supermercado* y *Miércoles de ceniza*, y para colmo no me dieron boletos gratis; es cierto que me hubiera gustado platicarles que Martín (un amigo) antes creía que *Miércoles de ceniza* trataba del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco; o cómo Pavel lleva en su cartera una foto del Rocco vestido de cholo; o que si Saúl hubiese estado ahí, le habría dicho que Zoe dice que el rock mexicano y los Caifanes están muy aparte; que como los Caifanes, nada, y si acaso, Jane’s Addiction; pero no hice nada de eso, ni importa: porque éste fue un día perfecto. Por lo menos para mí, porque después el in-store fue cancelado y muchos se quedaron sin entrar.

–Demasiada gente –dijo la policía–. The Warehouse will be closed for the rest of the day. Now go home!

Eso fue lo último que oí, después regresé a Tijuana. Iba medio orinado. Hoy fue un buen ejemplo de lo que es la simple perfección.

Salida entre semana (Jueves por la noche)

Los Caifanes y La Maldita Vecindad endulzaron mi día. Es tarde ya. Ha anochecido y el reloj marca las 9:30 PM. Tengo una sensación extraña, creo que es de nuevo esa ansiedad; tengo sueño, pero a la vez quisiera correr, bailar, brincar, cantar, golpear gente. Estoy seguro de que no son ganas de orinar. No puedo dormir.

Suena el teléfono. Es Zoe y parece que me invita a la calle. Su acento sugiere una serie de problemas que le interrumpen las posibilidades de vivir su vida tranquilamente, quizá utilice mi ayuda. Casi nunca sucede que me pida algo, muy al contrario, soy yo el que generalmente necesito de ella.

—¿Qué onda, vamos? —me pregunta.

—Ok —contesto.

No sabía ni adónde me invitaba, no sabía a qué lugar de mi peligrosa ciudad iríamos. No sabía si aventuraría en arrabales, si comería tacos de guacamole en un puesto infestado de virus coleroso; o si, simplemente, saldría a esperar mi destino, que tanto tardaba en llegar. No sabía ni para qué salía, sólo me imaginaba cometiendo la felonía de vagar por la ciudad. Sabía que irían los compillas de Zoe (un puñado de jóvenes edición limitada). Y eso me fue suficiente. No los conozco bien, pero son divertidos, raros, y uno que otro, interesante. Algo rarísimo en estos tiempos de crisis.

Me peiné rápido. Moje mi pelo y lo bañé en mousse extrafuerte para evitar despeinarme. Luego tomé una coca-cola del refri. Ya empezaba a beberla cuando sonó un claxon que no era de carro.

Bajé lo más rápido que pude, y ahí estaban los dos (Zoe y Skin) y ya no eran dos peatones más. Estaban montados en una Vespa primavera 1975. Parecían los reyes de un carnaval al estilo de los cuentos de Ray Bradbury; él estaba vestido con su bombín negro, su bastón y su entallada ropa negra (muy al estilo de *Naranja Mecánica*, pero en color negro), y ella vestía sus pantalones morados, su camiseta blanca y su pelo verde (la cabeza mitad pelona, mitad en dreadlocks verdes). Casi parecían cyberpunks del futuro. Como se suponía que debían ser los cyberpunks en aquellos nuevos y clásicos libros de ciencia ficción.

Skin me dice:

—Hemos sido aceptados.

Supongo que se refería a que los habían aceptado en los Hare Krishnas, en los Working Class (un grupo de skinheads antirracistas), en el legendario Ska Bunch o en algún club de vespas. Quisiera salir de dudas, pero primero preguntaré sobre lo que haremos esta noche. Y entre pláticas y gritos lo entendí todo. Hoy va a ser una noche de antiserenatas (serenatas broma)

dedicadas a inocentes, enemigos o simples profesores. Entre las canciones están *Las mañanitas* (versión hardcore punk), *Bandera tropical* (una canción inventada por un amigo y yo, que compusimos contra las banderas nacionales durante primero de secundaria. Me hizo ganar fuertes castigos y amenazas de encarcelar a mi padre por parte de la dirección escolar. Imaginen la escena, el niño ingenuo pensando que todos estarán de acuerdo en que las banderas no son más que un símbolo de la sociedad y que sin la sociedad se convierten en una basura, y a toda la bola de estudiantes y profesores queriendo incinerarme vivo por mi atrevimiento y falta de respeto). Y otras cuantas canciones más, a ritmos preferentemente ridículos. Entre los amigos vamos: Alberto (un trekkie o fanático de Star Trek y ex compañero de la secundaria, uno de mis pocos contactos con el pasado), Skin (novio de Zoe, un tipo acostumbrado a vestirse como Alex de *Naranja Mecánica*), Alex (mi atrabancado amiguillo y baterista de un grupo hardcore punk), Daniels (un muchacho adorador de la música industrial), Carlos (un social de éstos que ya no saben en qué gastar su dinero, en qué otra excentricidad; en realidad intentaba liberarse de su triste educación de niño rico), Karlos (un pintor de quince años que practica abiertamente la filosofía del miserablismo, un tipo que ha sufrido demasiado en la vida, no tiene papá ni mamá; su único deseo es encontrar una mujer con quien compartir su vida, pasear por la ciudad, salir a beber y todas esas cosas. Solamente sucede que no es muy buena onda con sus novias. Siempre tiene varias a la vez y tarde o temprano ellas lo descubren), Zoe y otros. Y yo.

Esta noche lo promete todo: sangre, sudor y lágrimas. Sólo hay un problema, me han elegido como chofer y no tengo licencia. Eso no parece impedir nada, simplemente contesto con todo el coolness del mundo:

—No problema. Hasta la vista, baby.

Después mi casa se aleja en el retrovisor; la vida nos espera. ¿Cómo saber en qué líos nos meteremos, a cuántos soldados atropellaremos o a cuántas mujeres besaremos en el camino? Supongo que de eso se trata la vida: de encontrar problemas y de resolverlos bien; de juntar puntuación como en los juegos de video.

En el otro carro van otros jóvenes como yo; no conozco a ninguno, pero a todos los he visto. Y hoy cantaré con ellos.

Antiserenatas

(Última parte del jueves perfecto)

Así que mientras recorremos la ciudad, oímos música de Morrissey y miramos los graffittis de Sueño-Dimes-HEM en nuestras paredes. Esta es la ciudad y la verdad nos avergüenza, pero nunca hacemos nada por mejorarla. Y mientras descendemos por los laberintos repletos de baches de ésta nuestra ciudad, los muchachos afinan las guitarras y, por supuesto, escuchan a Morrissey. No a todos les gusta, no todos lo queremos oír.

El caset rebota. Y Carter the Unstoppable Sex Machine deja oír su cyberpunkismo inglés de finales de siglo.

Hemos llegado a la casa de la primera víctima. El nombre no lo conozco, pero sé que le dicen Fantoche. Se cree punk e insulta a toda la gente. Piensa que eso es ser punk. Pobre de él, no quiero imaginar lo que le harán Zoe, Skin y los otros, y tampoco quiero pensar cómo lo orinaría John Lydon. Y pensar que no se tomaría la molestia.

Tocamos a su casa y al salir le gritamos algunas frases para hacerlo sufrir, después se escuchó el solo de la guitarra, e inmediatamente se dejaron ver las bombas llenas de meados, que le tirábamos a su casa y a su cuerpo. Lloró mucho. Nunca antes lo había visto llorar y después de esto dudo mucho que se nos vuelva a acercar. Tal vez esto le enseñe a no creerse el muy punk.

—Y esto fue Fantoche, la antioda —gritó alguien desde la penumbra.

Luego partimos hacia otra víctima, hacia mi víctima. Hacia este momento que tanto esperé y que todos deseábamos vivir, hacia la humillación de quien siempre intentó hacerme daño y sin embargo nunca lo logró completamente.

No tardamos mucho en llegar, si acaso cinco minutos. No perdimos un solo minuto, las mañanitas hardcore punk sonaron desde que bajamos del carro.

—Estas son las mañanitas / que cantaba el rey David / a los tontos cabezones / que golpeamos así.

Y al cantar esto pateábamos al aire, o al piso, o golpeábamos algo con mucho coraje. César no tardó en salir y trató de tomar la antiserenata como una broma. Nos recibió con un:

—¿Qué onda? Pásense un rato, ¿no?

Siempre lo hemos odiado. Es malo. Trata mal a todos, se cree el héroe y en la primera oportunidad trata de humillar. Una vez fui su amigo, pensamos abrir un negocio (un puesto en el swap meet), sólo que tuvimos un pequeño problema: no estábamos de acuerdo en si ponerle nombre o no. Él deseaba ponerle un nombre tonto como Seducción Violenta o Ansia Conformista. Yo no quise tener un negocio llamado así y rompí el trato, digo ¿quién diablos le pone nombre a

los puestos en un swap meet? Obviamente nada más la gente como él. Una semana después mandó a veinte muchachos a golpearme. Poco faltó para que lo hicieran, pero me escapé corriendo de una manera no muy heroica. Ahora es su turno, sólo que él no escapará. No me arrepiento de mi pasado y espero que tampoco se arrepienta del suyo.

—¿Chingas a tu madre? —le pregunto.

Lo tomó a broma. Se rió. Skin y un desconocido lo tomaron por la espalda. Zoe me pasó un bote de pintura aerosol plateada, de esos que no dañan el ozono (estilo glitter disco clásico) y Karlos me pasó otro (color verde fosforescente glow-in-the-dark). Entre todos lo desnudamos (sin golpearlo). Luego lo pinté. La cara plateada, el cuerpo verde.

Pasarán días para que se le borre la pintura; preferiría que pasaran años (de paso me volvería adulto y sería libre).

La noche transcurrió entre serenatas y patadas. Me recordó tanto a *Naranja Mecánica* (esta noche todos fuimos Alex). Finalmente llegó el amanecer y, con él, el mundo ordinario. Nos olvidamos de estos nuestros problemas y adoptamos otros aún más sencillos, aún más ridículos, más difíciles de resolver.

Recordando este día (Viernes)

Hoy viernes Luciano regresó. Las clases continuarán felizmente. La vida sigue. En el concierto de hoy, Saúl (Caifanes) mencionó que este es el mundo y que nosotros (el público) somos el futuro del planeta, que podemos cambiarlo, que lo cambiaremos.

No estoy muy seguro de eso. Me gustaría cambiarlo, pero no a la manera del público (una audiencia de rockeros sociales vestidos muy a la moda de Guess): En el concierto la gente se golpeaba (ni siquiera era slam). Tal vez Rocco y Saúl se sentían frustrados, aunque no lo aparentaban, pero tal vez lo escondían bien. Durante todo el concierto me atacaron violentos impulsos que me llamaban a gritarle a los músicos:

—¡Este público no es como lo imaginas! ¡Sólo es un concierto, están disfrazados, los engañan!

Pero temí acabar con Rocco, con Pacho, con toda la banda. No lo hubiera resistido.

El público se portó bien. Fue un concierto de rock mexicano, una muestra de que el rock es rock en cualquier idioma (alemán, español, inglés, etcétera). El público apoyó al rock mexicano. Odió al malinchismo, al rock en inglés y amó a México. Muy bonito, se hubieran sacado diez en civismo. Me encantan las actitudes submentales que en ocasiones asume el tercer mundo (todavía no conozco otros mundos, ni sus actitudes submentales). Confundieron suciamente al malinchismo con el nacionalismo. Claro que Caifanes son buenos, pero también Siouxsie & the Banshees. ¿Acaso es lógico apoyar al rock mexicano con grupos como X, Y y Z, cuando existen Stone Roses, R.E.M. y Happy Mondays? Debe ser una broma. Por lo menos así lo tomé. Como una broma mala. Apoyarlo en algunas ocasiones es como poder tomar coca-cola pero terminar comprando la soda Caballito sólo porque es hecha en tu ciudad. ¿Qué acaso no podremos oír rock en todos los idiomas? ¿El rock que nos guste, sin importar el idioma pero sí la calidad? La gente dice que en el mundo no debería haber fronteras y, sin darse cuenta, las construyen.

Fue un día largo. A estas alturas ya no sé ni lo que digo. Ahora que el día murió, comienza la noche y sus posibilidades. Es hora de platicar, no importa sobre qué, porque no pondré atención. Lo importante es que ese alguien puede ser mi futuro. O una pieza clave de él.

La amiga

(Madrugada entre viernes y sábado)

Es Daniella (mi mejor amiga), y trae unas cuantas copas de más. Se acerca a mí.

–¡Daniel! –grita de alegría.

–¡Daniella! –grito en respuesta.

Daniel y Daniella, no pudo haber dos nombres más ridículos (para dos amigos). Tal vez nuestros nombres influyeron para poder mantener nuestra amistad por tantos años.

–Veo que sigues vivo, ¿vas a ir a la próxima fiesta de Tere?

Otra vez volvemos a lo mismo. Cada vez que nos vemos, cada que cruzamos un enunciado más, casualmente está relacionado con lo sucedido hace años. Con una época que ya no podremos volver a vivir. Daniella no parece darse cuenta de que no deseo continuar viviendo la secundaria en la prepa. Parece que nunca se dará por vencida. Ni ella ni Alberto (el trekkie), ni nadie de mi generación. No pueden creer que sea verdad, no quiero verlos durante muchísimos años.

–No –le contesto–. No tengo pensado ir.

¿Cuándo entenderán que no quiero saber nada de ellos hasta el 5 de mayo de 1995? (la fecha en que quedamos de vernos el día de la graduación, para saber qué fue de nuestras vidas, para saber en qué sucio callejón de la ciudad habitamos, qué enfermedades nos estorban en nuestro organismo, cómo disfrutamos de los domingos en Tijuana y, sobre todo, cuánto dinero ganamos, quiénes han sido nuestras parejas. ¿Personas a quienes alguna vez admiramos? ¿Nos hemos convertido en bromas absurdas de nosotros mismos?).

La conversación da muchas vueltas. Atraviesa temas inútiles, cruza recuerdos tristes y felices (como aquella fiesta que organicé en mi casa, una fiesta donde todos nos creíamos maestros de la escena, cuando no éramos más que niños de doce años dando nuestros primeros pasos dentro de la impredecible adolescencia); hablamos sobre la moda, pero no pudimos evitar este grato momento profundo:

–¿Has ido al cine últimamente? –pregunta.

–Sí –digo (creo que ignora que el cine es uno de mis pasatiempos favoritos).

–Tengo ganas de regresar al pasado y volver a ver *La Bamba*. Volver a ir los mismos, Yuria, Alberto, tú y yo –me dice.

Cuando tenía doce años recién cumplidos fui al cine con mis amigos. Era un 20 de noviembre, el año era 1987 y, como todos los veintes de noviembre, no hubo clases. Estábamos en primero de secundaria, todo el grupo quedamos de vernos en el cine a la 1:00 PM. El plan era entrar a ver

La Bamba (el máximo estreno de entonces y la canción del momento). Nadie llegó. Sólo nosotros cuatro (y eso porque nos esperamos hasta la función de las 4:00 PM.). La película era para adolescentes y ni a mí ni a Alberto nos dejaban entrar por la edad que teníamos y porque nuestra estatura no nos ayudaba mucho a despistarla. Me sentí muy mal, fue una de esas vergüenzas tontas que dan sin ningún motivo durante la secundaria. Sentí como si me hubieran humillado (supongo que Alberto sintió lo mismo). Finalmente, nos dejaron entrar. Fue la primera vez que salí solo a algún lado (sin papás ni familiares). Aunque, en realidad, mi mamá me llevó en su carro al cine y al terminar la función me recogió, pero por lo menos estuve solo con mis amigos durante la película. Fue divertido. Ninguno de los cuatro lo hemos olvidado.

El encuentro con Daniella fue muy extraño, tenía tiempo sin verla, ya casi sólo nos llamábamos por teléfono. Me contó algunas cosas, dice que mi amigo, el más latoso de toda la clase, entró a estudiar a la Universidad de Harvard, que una de las bonitas tiene ya a sus diecinueve años dos hijos y un marido golpeador. Me resultaba un poco raro e incómodo el enterarme de esto, de sus triunfos, de sus derrotas. Incluso una muchacha pertenece ahora al equipo olímpico de natación, otro es un médico prodigio de dieciocho años, otro recibió mil llamadas de mil universidades europeas que lo querían en sus clases. Una de mis compañeras se casó con un atormentado músico de deathcore, otro reprobó un semestre de diseño y abandonó su vida a la nada. Ya no va a la escuela. No trabaja ni tampoco sale de la casa de sus papás. Comparé sus vidas y la mía. Ellos avanzan hacia adelante, ganan todo tipo de méritos ante la sociedad. En cambio, yo me ocupo de vivir situaciones, siempre tardo de hacer lo que deseo, cuando lo deseo, como si fuera lo único que puede hacerse. No sé a dónde voy a parar.

La plática, en algún momento, dio otra vuelta. Comenzamos a hablar de lo sucio y lo divertido que es el destino, de cómo nunca imaginamos esto. Danny estaba muy tomada, lloraba de todo. Se sentía menos que un cero a la izquierda. Quedamos de volver a vernos otro día. Más noche atravesé la ciudad (de Plaza Fiesta a mi casa en la 5 y 10). En el trayecto pensé en algunas cosas: en mi oscuro futuro, en las cosas que se esperaban de mí, en cómo me encargué de tirar mi vida por la ventana. Dormí incómodo, mis frenos dentales me molestaban.

Punk's not dead

(Sábado fatal)

Hoy será un sábado diferente. Intentaré divertirme de una manera ruidosa. Los sábados salgo generalmente con mi padre. Hoy no lo haré. Hoy viene Chaos U.K. (un grupo inglés de hardcore punk, nunca en mi vida los he oído, pero Zoe y Skin lo recomiendan) y quiero ir.

Otro día perfecto. Me levanto rápidamente de mi cama y limpio el sangrerío de mi boca. No iré con mi dentista, esperaré al lunes. Prácticamente he olvidado el incidente de ayer por la noche.

Suena el teléfono. Es Janet (para Zoe). Desayuno. Espero que llame pronto Martín, porque a este concierto sí quiero llegar temprano. Quiero tomar mil fotos, tal vez hasta baile un poco de slam. Otra vez suena el teléfono, es Skin (para Zoe).

Creo que voy a matar a Zoe, son muchas llamadas para ella. Otra vez vuelve a sonar el teléfono. Finalmente, es Martín y dice que ya va para allá.

Pasan los minutos. Lo encuentro. Entramos al concierto; es en un lugar al aire libre. Ya se respira un cierto olor a punks.

–Punk's not dead –alegaba alguien.

En el interior, la gente baila slam. La gente corre, se pega, se empuja. Los miro con flojera. Conforme pasan los minutos la música es cada vez más fuerte y el slam más violento. Caen personas del cielo como si lloviera (stagediving, clavadísimo desde el escenario), es muy chistoso.

Por allá veo el bombín de Skin, y su bastón, pero no es él, es su clon bizarro (una burda réplica). Skin es la moda. Vestirse como él es la onda.

Aburrido de esta música, busco con quién platicar. Entonces veo a una raver perdida entre punks. Hablamos. En eso entran unos policías como si fueran unos perros sarnosos, hambrientos (nada raro que les salga su verdadera persona).

–¡Huele a cerdo! –grito, y añado en seguida–: ¡A casa!

Se acercan a mí. Yo continúo gritando, pero en un lenguaje para ellos extraño (inglés sin barreras)

–Smells like shit!

Me ignoran porque no me entienden. Han de creer que le grito al grupo que toca. Luego se acercan a unos muchachos y les huelen las manos (buscan marihuana; la buscan desesperadamente, la necesitan desesperadamente). Los entiendo perfectamente, sólo desempeñan su trabajo, son totalmente inútiles (son vidas desperdiciadas). Pienso en lo que les diría si trataran de olerme las manos. Les gritaría con desprecio:

–¡A mí nadie me huele las manos sin ningún motivo y sin antes traer una orden firmada por el presidente municipal y sus familias y el jefe de la judicial y...!

Luego veo cómo toman varios prisioneros. Conozco a uno. Seguramente le pedirían dinero y lo dejarían ir. Así son de inútiles. Siempre buscan la manera fácil de ganar billetes. Justifican su sueldo.

Chaos U.K. sube al escenario. Los gritos vuelan. Escucho su música atentamente. Y decido que no es mi estilo. Sus letras hablan de muchas cosas, entre ellas del techno y lo tonto que es. Imaginen eso. Creo que me equivoqué de concierto.

El concierto acaba. Busco entonces al vocalista para retratarlo. Luego me despido. Zoe, Skin y yo nos vamos a la vida (ordinary life), al menos eso creemos.

Criminal deambulando

(El sábado muestra su fatalidad)

A la salida del concierto me llevé varias sorpresas: descubrí que la policía tenía rodeado el local; saludé a varias personas conocidas, entre ellos a un punk y a un thrasher.

Los policías desalojan el área, y en eso veo a Pedro (un viejo amigo que llevo mucho tiempo sin ver). Pedro nos detiene frente a una tienda de curiosidades y artesanías mexicanas, a dos locales del concierto, todavía dentro de la Avenida Revolución. Pedro anda acompañado.

–Váyanse a su casa, niños –nos dice un policía.

–¿Perdón? –lo interrumpo.

–¡Que se quiten a la chingada de aquí! –nos grita.

–La calle es libre; además, no estamos haciendo nada malo ¿o acaso saludar a un amigo es malo?, ¿no verdad? –le contesto arrogantemente.

–Las cosas se piden de buena manera y no tan groseramente como lo hace usted; además, estamos en nuestro derecho constitucional de pasearnos por las áreas públicas que más nos gustan –dijo Zoe con coraje.

–Deberían de enseñarle modales –le dice Skin.

–¡Ahora sí, ya váyanse de aquí –dijo muy enojado Don Placa.

Discutir con un placa es como pepear con un tanque de guerra. No entienden tu idioma y te pueden acabar muy fácil.

–Y de una vez le digo que no me voy a ir de aquí, porque ni usted ni nadie pueden correrme, no estoy haciendo nada malo –dije lleno de felicidad.

–Ah, ¿no? –dijo, mientras sacaba sus esposas para colocarlas en mis muñecas.

Yo sabía que él quería asustarme. Yo era libre y no hacía mal a nadie. Estaba en mi derecho de permanecer ahí o donde fuera. Todo era justamente perfecto. Daba gracias a que estaba en México y no en uno de esos países donde la ley no se respeta y los derechos humanos no existen.

El placa intentó asustarme. Pero a mí me dicen el héroe del cool y mi físico no expresa nada, ni a mí, ni a nadie. No me asustó. Al contrario, me hizo sentir importante. El mundo era mío y el Che me apoyaba; un simple policía no me haría nada.

El policía se reía de mí. Se burlaba de mí y todos me veían. Pensó que me había asustado.

–Ja, ja, ja –se reía.

Yo acababa de ser humillado. Saber herir a las personas es útil y más cuando se hace sutilmente. No es mi especialidad la sutileza (no soy Banderas), pero lo intento.

–Jo, jo, jo –empecé a burlarme.

Parecía todo un retrasado mental. Lo hice muy bien, tal vez no fue nada sutil, pero bastó para hacer enojar al policía. La expresión del placa cambió de (según él) tener todo bajo control a haber sido humillado.

La gente nos miraba. Los punks nos miraban. Los turistas nos miraban. Todos los humanos del mundo nos miraban. Algunos perros nos miraban. Incluso los placas lo hacían. El placa había quedado en ridículo.

–¡Ahora sí te carga la chingada! –gritó enfurecido–. ¡Te dije en buena onda, pero ahora sí te carga la chingada! –gritaba el placa.

Luego sacó sus esposas con mucha decisión. Fue ahí donde mi mirada cambió y fue ahí donde recordé que México era uno de esos países donde la ley no se respeta y los derechos humanos no existen. El policía gritaba muchas cosas, pero nunca las oí, me sentía aislado. El Che me abandonaba. Hubiera sido bueno preguntarme dónde quedó el cool.

–¿El qué? –me hubiera contestado yo mismo–. ¿El cool? ¿Qué es eso?

Las miradas me seguían y decidí no quedar en ridículo. Les rogaba al Che y a Daniel Cohn-Bendit que entraran otra vez en mí. Pero no lo hacían.

–¡A mí no me llevas a ningún lugar, cabrón! –le grité al placa. Luego corrí. Eso fue lo último que hice, porque todo el cuerpo de policías se lanzó contra mí. Me resistí como todo un Jim Morrison. Grité consignas como algún día lo hizo en París Daniel Cohn-Bendit. Pero ellos me golpeaban, me estrellaban contra la patrulla y se burlaban de mí. Me di cuenta de que no era todo el cuerpo de policías, tan sólo eran cuatro lastimeros oficiales. Fue ahí cuando dejé de ser un héroe y me convertí en un Don Uncool.

Grité y grité:

–¡Déjenme ir! ¡Por favor! ¡Yo no hice nada! –y seguí gritando. Esperé a que las masas punk actuaran en mi defensa. Los imaginaba volteando patrullas y luego cargándome como a un Rodney King por toda la avenida Revolución. Pero nada sucedió.

Vi muchas caras. Algunas conocidas. Vi a Skin y a Zoe discutir con los policías. Gritaban:

–¡Llévennos con él!

Luego un empujón. Sólo uno y quedé dentro de la patrulla. Pedí ayuda. Busqué a conocidos con la mirada. Mis ojos pedían ser rescatados, pero nadie lo hizo. Algunos me sonrieron, pero la mayoría estaban asustados. Sabía que Zoe y Skin me sacarían de esto, pero mi mente tenía miedo, y aún cuando dentro de mí sabía que mucha gente me defendería, parecía ignorarlo porque estaba muy asustado. No podía controlarme.

Alienación total

(En el puro núcleo del sábado fatal)

Pedí clemencia. Alegué no haber tomado, fumado o ingerido algo (aparte de una coca-cola). Fue en la patrulla, durante un recorrido por la ciudad, donde conocí a Omar... Omar Dimas. A él lo pescaron tomando cerveza en un arrabal (calle Coahuila). Fue él quien primero me dijo que me calmara y la clase de tácticas que usarían los policías para confundirme. Eran tantos los “cálmate y relájate” de los policías que me estaban volviendo loco.

Los policías me decían que permanecería en la cárcel, me decían que todas las personas que fueron al concierto estaban dañadas; se burlaban de mí, de mi música (hardcore punk, que ni siquiera me gusta), de mis amigos (a quienes ni conozco); se burlaban de mi mamá, de mi papá. Me llamaban “1014” o “1041”, luego supe que eso quería decir intoxicado. Varias veces los escuché hablar de mí en su radio. Estaban decididos a encerrarme por largo tiempo.

Después de darme un no muy amable tour por la ciudad, me llevaron a la cárcel. Antes de bajar me advirtieron que vería a un juez, mi libertad dependería de mi comportamiento y de lo que dijera o no dijera. Si gritaba o negaba lo que el placa dijera, me iría mal. Si me portaba bien, sería libre en dos días cuando mucho (aparentemente los jueces de las cárceles descansan los domingos, o sea que si te agarran el sábado y no está el encargado entonces sales libre el lunes).

Me llevaron frente a un juez. Parece que estaba muy ocupado viendo la función sabatina de box, que se trasmite religiosamente por televisión desde hace ya varios siglos. Mi caso no parecía preocuparle mucho, aunque a leguas se le notaba su intención de querer vengar al placa. Él ya sabía todo lo sucedido, tal vez se lo contó uno de los placas que me detuvieron, o algún otro se lo comunicó por radio. Los policías son bastante chismosos. Probablemente esto forme parte de los requisitos para entrar a trabajar en seguridad pública.

Aparte de todas esas cosas que seguramente se pueden decir de su vida profesional y privada, el policía era muy mal actor. Después de todo, policía.

—Él es el 1041 —dijo el policía al juez—. No se quiso ir del concierto, entonces se lo pedí en buen plan; luego me insultó, le dije que se calmara y no entendió. Quería pelea a toda costa. Le traté de poner las esposas y me goleó aquí —decía el policía al juez mientras le mostraba una vieja herida (ya casi cicatrizada) en el labio.

Mentía, nunca lo golpeé sin que él lo hiciera antes, pero el miedo me impidió negarlo. Llenaron algunos papeles y me enteré de que a partir de ese momento ya era un criminal internacional (una vez me detuvo la policía en Chula Vista, California, por patinar en áreas prohibidas).

El juez le hizo una seña bastante inexpresiva al policía y me sacaron del edificio. Supuse que era ya un recluso oficial.

Atardecía. Me llevaron a la patrulla, pero no me metieron. Entonces un placa me dijo que ya era libre, que subiera a la patrulla. Y yo le dije que si ya era libre, entonces podía irme a mi casa. Dijo que no, ahora mismo me llevaría con la grosera de mi amiga (intuí que se refería a Zoe), al lugar del concierto. Insistí que me dejara ir solo.

—¡Súbete al carro! —gritó enfurecido.

Subí, las esposas me lastimaban. Permanecí un rato solo. Desde la patrulla el mundo se veía muy feo. Ya estaba calmado. Mi pulso se había regularizado un poco. Repetí, como todo buen hijo:

—¡Mamá, papá, Tania!

Lo hice muchas veces. Trataba de mandar mensajes telepáticos a mis padres y a mi tía Tania; y entre más lo hacía, más nervioso me ponía.

Bastó sólo un momento para recordar tantas cosas que no viví: a los hippies marchando con su submarino amarillo por algunas calles de Nueva York; los veía pelear contra la apatía del stablishment; recordé a los beatniks leer con odio poemas en San Francisco y a los punks pelear con policías en King's road. Veía el 2 de octubre en pleno Tlatelolco. Respiraba en Desert Storm. Vi tantas guerras. Creí ser Revueltas y temí quedar en el Apando de por vida. Por un momento pensé en hacerme heridas en la boca, con mis frenos. Pero no me gustó la idea, porque luego creí desangrar en un sucio y oscuro calabozo en el centro de la tierra, rodeado de leprosos y violadores.

Luego la policía regresó. Le pedí mi llamada telefónica, la que todos hacen en las películas, pero no me la permitió. Se fue.

En su ausencia recordé más cosas. Amnistía internacional. *American Me*. *Naranja Mecánica*. Veía a muertos que me decían:

—Morimos por la libertad que nunca logramos.

Pensé en Dalton Trumbo y Johnny, y entendí con todos mis sentidos por qué decía que la libertad que se nos otorga es suficiente para vivir felices. ¿Qué más libertad que estar vivo? Lo imaginaba sin pelear por las ideas, esas cosas intangibles. Pensaba que para salir de la cárcel tendría que someterme a tratamientos como Alex (*A Clockwork Orange*). Después supe que la vida tras las rejas era horrible; lo supe porque ya la sentía y por los recuerdos de sueños que he tenido en donde soy preso con todo el poder realista de Sueñocolor. Aquí oscurecía y en algún lugar del mundo amanecía y nadie pensaba en mí, nadie me imaginaba sufriendo; todos eran felices en su mundo. Tal vez discutían el concierto de Chaos o tomaban un café, pero nadie me sentía. Nadie.

FIN